

14. P. Joaquín Ibáñez

El P. Joaquín Ibáñez nació en Fuentesclaras (Teruel) en 1738. Vistió el hábito escolapio en Peralta en 1754 y profesó en 1755. Fue un gran maestro de retórica y profesor de filosofía y teología. En 1775 el Provincial de Aragón, Ignacio Romance, reconoció en una hermosa Circular los méritos del P. Ibáñez por sus clases de humanidades, trabajo en el Seminario, cuaresmas predicadas y conclusiones filosóficas que mantiene. Religioso observante y ejemplar, desempeñó los rectorados de Peralta (1782-1784), Tamarite (1784-1787) y Zaragoza (1787-1790), llegando a ser Provincial de Aragón (1794-1797). Fue eximio orador y predicó la Cuaresma del Pilar (1786), la octava del Pilar (1789) y la Cuaresma de la colegiata de Daroca (1798). Ante la petición de religiosos aragoneses por parte del P. Provincial de Castilla al P. General para enseñar retórica y teología en sus colegios, el P. Ibáñez fue a enseñar retórica al colegio de San Fernando hasta 1779. Falleció en Zaragoza en 1809.

Hemos elegido las primeras páginas de su obra “Reglas de la Poética escogidas de las que escribieron los mejores Maestros”.¹

PRÓLOGO

Cuando comprendieron los preceptos del Arte Poética reduciéndolos a Romances Endecasílabos, me propuse únicamente aliviar el trabajo a mis amados Discípulos, niños de poca edad y que, sin más instrucción que la de las reglas de la Gramática y principios de la Oratoria, apenas tenían el necesario cultivo para recibir las primeras semillas de una Facultad tan admirable como difícil. Para conseguir este fin, procuré la concisión, claridad y asonancia del metro, acomodando el estilo de la inteligencia de aquellos, que eran el único objeto de mis dulces fatigas. Tuve la satisfacción de ver que estos no solo decoraron con prontitud y retentiva los romances, sino que en los exámenes públicos que se presentaron en el Colegio de las Escuelas Pías de Lavapiés de Madrid el mes de julio del año 1778, aplicaban con propiedad y precisión los preceptos a los pasos de los Poetas latinos que les mandaron traducir, y mucho mayor de observar que sujetos muy versados en las letras humanas, y profesores los más acreditados por su erudición y pública enseñanza, no solo escucharon con gusto los romances, sino que después privadamente me hicieron varias instancias para que los diese a la prensa. Una falta de salud que me sobrevino entibió este proyecto, y el verificarse ahora nace del mismo principio de aliviar a los niños la molestia de copiar ese compendio, que me consta haber introducido en algunas Escuelas, evitando por este medio las erratas casi indispensables de la pluma, y la pérdida del tiempo que pudiera emplearse en otra tarea de mayor progreso por los niños. Compendié las reglas de la Poética; por los niños la imprimo y a los niños dedico estos principios propios de su edad, para que les sirvan de guía en las Poéticas magistrales escritas para hombres instruidos y en el manejo de los Autores Clásicos que por su primor y exquisito gusto merecieron entre los literatos el glorioso renombre de Príncipes de la Poesía.

REGLAS DE LA POÉTICA

ROMANCE 1

Idea de la poesía y de la disposición natural para aprenderla

Si comparar quisiera la Poesía
con la noble Pintura, que al objeto
pone a la vista con colores vivos,
formaría de aquella algún diseño.
Mucho más la explicara si dijera
ser como un cristalino fiel espejo,
o un río que en sus aguas sucesivas
va imágenes diversas ofreciendo.

¹ Biblioteca Provincial de Emaús. Zaragoza, Magallón, 1795. 62 pág.

Pero ni en el espejo, ni en el río
oigo sonoras voces, ni los ecos
con que el verso armonioso a mis oídos
hiere con suavidad o con estruendo.
Y así del Baile, Música y Pintura
si hago la unión, parece que ya encuentro
imágenes, acciones y armonía
de un arte imitador el más perfecto.
El pincel me dibuja las figuras,
la danza me hace ver el movimiento,
el sonido la música me ofrece;
con todo junto me convida el verso.
Y así la Poesía es aquel arte
que, con un elevado, agudo ingenio
y con bellas y métricas palabras
lo natural imita con acierto.
Hay objetos, hay medios y hay maneras
para esta imitación. Son los objetos
las cosas; las maneras, aquel modo
con que se imita; y las palabras, medios.
Como son las palabras o el lenguaje
intérpretes del alma, y sus conceptos
por la naturaleza, les ha dado
un singular primor para este intento.
Mírese la virtud con mil semblantes,
vístase el vicio en trajes muy diversos,
que en la Poesía se hallarán matices
para hacer su retrato verdadero.
¿Se agita la pasión? Ella se agita.
¿Calma? Calma también. ¿El sentimiento
a llanto mueve? Lágrimas derrama.
¿El afecto se muda? Es un Proteo.
Con la naturaleza competencia
va en producir diversidad de objetos,
y aun los que aquella con horror propone
con gracia se registran en el verso.
No se ciñe al objeto solamente;
Combina, ordena, inventa algo de nuevo;
Y, siendo verosímil lo fingido,
aparece del todo verdadero.
Ella suele formar un nuevo mundo,
o dar al ya creado nuevo aspecto,
valiéndose de ideas generales
de lo horrible, lo hermoso, malo o bueno.
Esto pide en el alma ingenio agudo,
Sutil, ágil, fecundo de conceptos,
que afluyente y copioso en expresiones
nos instruya y deleite al mismo tiempo.
Furor, rayo de luz, fuego divino,
que agita el alma, infunde nuevo aliento,
le llaman los antiguos, mas nosotros
el nombre de Entusiasmo le daremos.
Este es como un activo fuego claro,
que enciende la razón en los momentos
de su mayor vigor, de donde nace

lo sublime, lo noble y lo perfecto.
Sin él cesa el buen gusto y lo exquisito;
todo el discurso es frío, todo hielo.
Con él todo se anima y vivifica,
con él se mueve el alma y los afectos.
Pero este mismo ha sido el precipicio
en que muchos Poetas perecieron,
pensando era Entusiasmo su capricho,
sin juicio, sin razón, sin ley y sin freno.
¡Oh, qué bien dijo Horacio se hermanaban
naturaleza y arte en tanto extremo
que el ingenio sin arte puede poco,
y nada puede el arte sin ingenio!
A estos debe añadirse el ejercicio
que, sin perder de vista los modelos
de los antiguos, copie sus primores,
aspirando con ansia lo perfecto.

ROMANCE II

Prendas propias de los poetas

Las prendas naturales más sublimes
necesita un Poeta, a quien creyeron
los Gentiles, movidos de los Dioses,
y más que humano en voces y conceptos.
Yo tengo a la bondad por la primera
como en el Orador, pues con el verso
el malo brinda, como en taza de oro,
con un veneno dulce y lisonjero.
Y si enseñar y deleitar pretenden
los Poetas, ¿Qué nombre le daremos
al que ofrece deleites vergonzosos,
y hace escuela de vicios a sus versos?
Llámesese este sacrílego atrevido,
pródigo de sus luces y talento,
profanador de Apolo y de las Musas,
y monstruo del Parnaso o del Averno.
Destiérrese del mundo, y sus escritos
el fuego abraza; ya que el vicio en ellos
y la mentira a la virtud quitaron,
y a la verdad su adorno y sus arreos.
Maneje solo el arte más hermoso
aquel que sepa hacer un uso recto,
y adornar con sus joyas y sus galas
a la verdad y a la virtud a un tiempo.
Sigán a la bondad aquellas luces
que proceden de un gran entendimiento,
pues tales se requieren para un arte
que no se sufre cuando no es perfecto.
No todos los talentos son del caso
para tomar de Apolo el dulce plectro,
acompañar las Musas en su coro
y manejar sus suaves instrumentos.
Si es oscuro, si es tardo, si es estéril,

no piense en la Poesía hacer progresos;
Minerva los repugna, y sin su auxilio
son ociosas las reglas y preceptos.
Al rayo natural de luz brillante
acompañe el vigor, ardor y fuego;
a este modere el juicio, y el buen gusto
sepa dar su lugar al lucimiento.
Las artes liberales contribuyan
con sus preciosas joyas, advirtiéndole
descubre la pobreza de su casa
el que siempre se viste de lo ajeno.
Para observar cautela en este punto,
ni afectemos ser sabios, ni ser necios;
hagamos ver que no las ignoramos,
no demos a entender que las sabemos.
Después de todas estas bellas prendas,
que son como la base y fundamento,
sin la pía afición hacia las Musas
el edificio quedará imperfecto.
La inclinación que dulcemente mueve
a los hombres, es Madre del deseo;
este engendra al estudio y al trabajo,
que muestran del Parnaso los senderos.
Y aunque en los niños suele descubrirse
la inclinación, se encuentran muchos de ellos
que, por huir el hombro a la tarea,
fingen muy bien el odio hacia los versos;
a los cuales excítense al trabajo,
si es que hay disposición, si es que hay talento;
que es largo el viaje para la Helicón,
y es forzoso emprenderlo desde luego.
Oigan hablar de Homero, de Virgilio,
de Flaco y otros que sobresalieron,
que, por no perdonar a las fatigas,
consiguieron hacer su nombre eterno.
La inclinación particular, que mueve
a componer un género de verso,
se debe notar más, pues para todos
suele faltar la proporción o el tiempo.
Quien canta de los Héroeas las hazañas,
quien describe los trágicos sucesos,
quien propone mejor los regulares,
quien tiene en las zampoñas su recreo,
quien moteja los vicios, y quien llora
en versos desiguales, quien con ecos
dulces en sus canciones se entretiene,
y quien dice con sal un pensamiento.
Pero ¿quién entre todos los mortales
es en todas partes Corifeo?
No se hallará, cuando las mismas Musas
entre sí los oficios dividieron.
No intente, pues, alguno vanamente
copiar de todos el primor y acierto;
y en la elección observe si sus hombros
podrán llevar o no llevar el peso.